

Muerte, regímenes políticos y violencia

Presentación

■

En su célebre libro *El hombre ante la muerte* (1983) Philippe Ariès sostenía que los cambios ante la muerte son muy lentos, al punto que los contemporáneos no los perciben pues el tiempo que los separa supera al de varias generaciones y excede la capacidad de la memoria colectiva. Hoy sabemos que la relación que mantienen los hombres, las mujeres y los niños con la muerte se modifica mucho más rápidamente, y hemos aprendido también que es necesario apelar a una multiplicidad de indicadores para comprender de forma cabal las persistencias y las discontinuidades en estas relaciones, la reaparición de ciertas prácticas mortuorias que creíamos superadas y la emergencia de otras nuevas (Gayol-Kessler, 2015). La historia de Ariès no sólo es una historia en cámara lenta, sino además es una historia de la muerte poco sensible a los regímenes políticos y a las medidas de los gobiernos. Las guerras, la Revolución Francesa, la expansión imperial, o el régimen nazi de Vichy, para citar algunos acontecimientos que jalonan la historia de Francia, que es la lente a partir de la cual narra una historia de

* Doctora en Histoire et Civilisations, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), París, Francia. Profesora Asociada de Historia, Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento (ICI-UNGS). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). <https://ar.linkedin.com/in/sandra-gayol>

** Doctor en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Es investigador principal del CONICET y profesor de la Universidad Nacional de La Plata. Ha sido investigador o profesor visitante en universidades de diferentes países. Sus temas de investigación son cuestión social, políticas públicas, violencia, desigualdad y muerte. CV: http://www.conicet.gov.ar/new_scp/detalle.php?keywords=&id=21988&articulos=yes

la muerte en Occidente, no tienen casi ningún efecto para el autor en las actitudes sociales ante la muerte. Los artículos reunidos en este dossier exploran en toda su densidad y crudeza las políticas de la muerte desplegadas por algunos estados de América Latina. Muestran, en conjunto, no sólo la ausencia total del “tabú de la muerte”, sino la convivencia de políticas de inclusión con políticas de aniquilamiento de las poblaciones.

La disminución de la mortalidad, el aumento de la expectativa de vida y la pacificación de las sociedades occidentales, todos los trabajos coinciden, proveen nuevos sentidos a la muerte. Los Estados modernos, sabemos, articularon la transición de la vida a la muerte a través de leyes, instituciones y prácticas específicas. El disciplinamiento de la población –viva y muerta– es una forma moderna de la gubernamentalidad y su biopolítica (Foucault, 2007), así como la celebración de los “grandes hombres”, un punto de unión y de identificación de los límites simbólicos de una nación en relación con otras (Anderson, 1983). Pero también la soberanía en su versión moderna puede ser el derecho a matar de formas que exceden las normas legales de la política institucionalizada, como proponen varios de los artículos aquí reunidos. Ellos muestran, especialmente, cómo los regímenes políticos en América Latina pueden cambiar las formas de gestionar la vida y, en particular, la muerte de sus ciudadanos encarnando políticas sistemáticas de exterminio que producen, a su turno, mutaciones y/o se hacen posibles alteraciones en las actitudes frente a la muerte. No se sostiene ya la noción de una única “actitud” ante la muerte, tampoco hacia la conmemoración y el recuerdo. Más que subrayar la pena, el llanto, el alivio o el júbilo que puede provocar una muerte, es preciso comprender las razones que pueden explicar esta disparidad de emociones y, de forma simultánea, enlazarlas con prácticas sociales y políticas concretas. En este dossier no se trata de la muerte de cualquier persona, sino de aquellos considerados peligrosos para la seguridad de los “ciudadanos de bien”. Así, los artículos muestran que hay muertes violentas que importan menos y que no sorprenden, que incluso son predecibles y esperadas. Más importante, en tiempos de paz las muertes de algunos de los propios ciudadanos devienen una política de estado. Por supuesto, que con reacciones y muchas resistencias.

Se muestra claramente en el artículo de Amparo Marroquín Parducci, Willian Carballo y Marlon Anzora (En el país de todas las muertes. El Salvador, políticas de seguridad y representaciones de los asesinatos), sobre El Salvador, y en el de Verónica Zubillaga y Rebecca Hanson (Del punitivismo carcelario a la matanza sistemática: El avance de los operativos militarizados en la era post-Chávez), sobre Venezuela, y se sugiere en el de María Victoria Uribe (Los fantasmas no inquietan nunca a las cosas muertas: Entre el Terror y el desaliento en Colombia) sobre Colombia. Es evidente que las actitudes sociales ante la muerte dependen en gran medida del contexto y, en particular, de la mayor frecuencia de la muerte violenta. Las muertes son producto de políticas deliberadas y esto gravita en todas las dimensiones, desde las actitudes y emociones (o su ausencia) de parte de la población hasta sus representaciones en los medios de comunicación. En cuanto a esto último, la habitualidad de presentar cuerpos muertos en los medios salvadoreños corrobora los hallazgos de Hanusch (2012). En un trabajo comparativo, Hanusch demuestra una relación directa entre más violencia en un país y menos tabúes para la exposición de los cuerpos en la prensa gráfica y la televisión. Las imágenes que

el artículo de Marroquín Parducci, Carballo y Anzora nos muestra serían difíciles de encontrar en otro país que no esté en guerra. Por otro lado, nos hace reflexionar sobre el lugar del arte en tales contextos y su poder de contestación política. El trabajo de lxs artistas en enhebrar e igualar todas las muertes que se producen en un período determinado, más allá de la identidad de la víctima, hace las veces de una suerte de intento de reequilibrio respecto al lenguaje de los medios en relación con las muertes. En efecto, la autora analiza la representación dicotómica en el espacio público salvadoreño entre las muertes que importan y las que, no sólo no importan, sino que son representadas como un paso necesario para intentar pacificar el país. Al fin de cuentas, quienes no merecen morir, los ciudadanos y la policía son “asesinados” y siempre se determina quién fue el victimario o, en todo caso, aparece alguien que ejecutó esa muerte, un responsable. En contraposición, los categorizados como delincuentes, en particular los “mareros” son simplemente “eliminados”, cual una plaga y sin que haga referencia a su victimario. Es el arte, sobre todo, quien contesta esta valoración diferencial de la vida y la muerte: la muestra artística analizada, que reconstruye todas las muertes acaecidas en un período determinado y sin importar la identidad de las víctimas, es una manera de recuperar e igualar a todos y todas que son asesinados por su condición humana compartida. El arte intenta recuperar la humanidad y los derechos que la política, la representación mediática y el lenguaje en el que se encuadran la vida y muerte de unos y otros, les niega.

Verónica Zubillaga y Rebecca Hanson documentan el impacto de los cambios políticos en la regulación estatal de la vida y la muerte en tanto política de estado. Aún un régimen considerado en su comienzo como populista o neopopulista puede adoptar una estrategia de aniquilamiento del “otro” peligroso. El concepto de necropolítica tomado por las autoras de Mbembe (2011) sin duda es muy pertinente en el contexto venezolano en la medida en que el estado ejerce su soberanía matando a los ciudadanos, aplicando el derecho a matar y, a través de la muerte, definiendo quien es desechable y quien no lo es. Las autoras reconstruyen la historia reciente desde el Caracazo, 1989, un ciclo de protesta popular fuertemente reprimido, pues marca una suerte de ruptura de la relación de confianza entre sectores populares y el estado. Desde allí los homicidios no dejaron de crecer en forma exponencial. El gobierno chavista, a su turno, marca un punto de inflexión desde una primera etapa de punitivismo carcelario (con cárceles auto-gobernadas por los reclusos) hacia una segunda etapa en donde muestra una estrategia clara de matanza sistemática. Las marcas de esta política de aniquilamiento están presentes en las prácticas, en los discursos de los medios de comunicación y en el lenguaje de los distintos actores. Al igual que en El Salvador, la forma de construir el encuadre de los muertos y como se habla de ellos, de sus vidas y de las formas de morir, funciona como una operación que intenta hacer que unas vidas y unas muertes se vuelvan más legítimas que otras. Al menos para el discurso oficial y el discurso periodístico hegemónico. Los análisis sobre El Salvador y Venezuela muestran que la muerte de quien es considerado peligroso puede coexistir con un discurso, y en ocasiones con prácticas específicas, de democratización y de ampliación de derechos.

Son pocos los trabajos que habían mostrado a la matanza sistemática como una política de estado, donde los responsables de llevarlas a cabo asumen formas de organización

policial para hacerlo y expresan la preferencia por el asesinato antes que por la prisión. Es decir, cuando un estado funciona con sus instituciones en crisis (sistema jurídico, penal, etc) la matanza puede ser un recurso de la política, una forma de funcionamiento del estado, no sólo generando un enemigo interno ficcional, sino como forma de regular el crimen a las poblaciones consideradas como amenazantes. No es sólo, como en el artículo de Marroquín, el debilitamiento del tabú de mostrar los cuerpos muertos, sino también la falta de eufemismos y de ocultamiento o protección de los responsables policiales: no es un “exceso” individual o institucional, es una política sistemática. El “otro” considerado peligroso es claramente deshumanizado. También en Colombia donde, como muestra Uribe, las actuaciones violentas y las prácticas inhumanas desplegadas por los agentes estatales “autorizaron” a que los civiles aplicaran y en ocasiones profundizaran las técnicas de aniquilación. La autora pone el foco en dos aspectos cruciales para entender la violencia y la muerte en Colombia: el desempeño por algunos agentes estatales que en lugar de representar la ley y el orden se han valido de la violencia para exterminar a quienes percibían como peligrosos; y los integrantes de la extrema derecha que apelan a la violencia y a la muerte como herramienta para desincentivar cualquier posibilidad de cambio que amenace al sistema o ponga en peligro sus privilegios económicos y políticos. Estos últimos, que Uribe define como una presencia fantasmal, marcan, a su vez, las dificultades y peligros de la reinserción de los excombatientes de las ex Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en el sistema político colombiano actual.

De las políticas de la muerte quizás la más impresionante y perturbadora sea la ejercida sobre los cuerpos de las víctimas. Si bien responden a sistemas clasificatorios diferentes y no son completamente equiparables, tienen en común la atrocidad. Rotos, desmembrados, manipulados; estos cuerpos de los “enemigos” –cazados como si se tratara de animales- son instrumentos para un nuevo orden en la clasificación corporal que destruye las configuraciones simbólicas existentes, además de provocar el pánico en las poblaciones. La socialización y la simbolización de los contenidos atroces de la violencia de los agentes estatales, o de quienes decían actuar en su nombre, ha sido muy precaria. A diferencia de la socialización de los contenidos atroces del período paramilitar ulterior que se llevó a cabo a través del proceso de justicia transicional. Complejo, contradictorio e inconcluso este proceso no sólo reconoció el sufrimiento de las víctimas sino que además integró en una trama social más general las matanzas sistemáticas del pasado.

El artículo de Maria Victoria Pita (La historia de un mural o acerca de la muerte, de los muertos y de lo que se hace con ellos. Muertes violentas de jóvenes de barrios populares en la Ciudad de Buenos Aires), en torno al mural de un joven asesinado en la periferia popular de Buenos Aires, se interroga sobre los usos sociales de la muerte y sobre cómo, según sus palabras, “los muertos dan cuenta de los vivos, toda vez que es a través de ellos —ya devenidos significantes— que se habla de las propias vidas de quienes los velan y los recuerdan del modo en que lo hacen.” Si inicialmente el asesinato del joven aparece categorizado como víctima de la “violencia institucional” (categoría acuñada por los organismos de derechos humanos en Argentina, y luego apropiada por militantes y organizaciones juveniles, para dar cuenta de la violencia policial) en el curso de la investigación Pita observa cómo el significado de esa muerte

cambia: se inscribe en una trama de conflictos, relaciones, valores morales, procesos sociales muy complejos. La muerte no habla sólo del joven asesinado sino de toda la trama social en la que acontece. La muerte fue un punto de inflexión pero no hay necesariamente en el relato que se construye una apropiación heroica del joven ni una acusación a sus victimarios. Más bien las narrativas dan cuenta de una vida normal, de un "joven positivo", que encarna valores de la comunidad. A diferencia de las contribuciones sobre El Salvador y Venezuela, la muerte no aparece ni provoca una oposición dicotómica, no polariza ni alimenta relatos que fijan quienes merecen vivir y quienes no merecen vivir. Los distintos actores locales leen la muerte dentro de un marco mayor de una conflictividad local compleja y temporalmente ubicada. El juego de escalas permite recomponer esta complejidad y atestigua que la vida debe seguir a pesar de las muertes o, mejor dicho, incorporando estas muertes al mundo de los vivos. Este aspecto está también presente en el trabajo de Zubillaga y Hanson: más allá de la terrible matanza serial las mujeres, a quienes la autora ha entrevistado y acompañado, se organizan, muestran formas de solidaridad, e intentan con su esfuerzo cotidiano de que la muerte no sea lo único que acontece.

"Los cuerpos hablan en la necropsia" dice Flavia Medeiros dos Santos en su artículo (O morto no lugar dos mortos: classificações, sistemas de controle e necropolítica no Rio de Janeiro) sobre el tratamiento de los cuerpos muertos en la morgue judicial de Rio de Janeiro. En una poderosa etnografía sobre la gestión de los cuerpos muertos en el Instituto Médico-Legal e da Divisão de Homicídios, la autora demuestra como el sistema moral de clasificación de los individuos traspasa la vida y organiza la gestión de los muertos. Apropiándose también del concepto de necropolítica de Mbembe, la autora da cuenta del sistema clasificatorio y moral que usa el estado para categorizar a cada una de las víctimas. Así, los forenses hacen hablar a los cuerpos a partir de sus guiones previos, los insertan en clasificaciones morales, en "líneas de investigación" que los vinculan con otros casos comparables y, como en otros artículos de este dossier, aún después de muertos el tratamiento difiere según de qué víctima se trate. El cuerpo habla, pero quienes los hacen hablar, hablan del cuerpo con un texto previo que articula saberes forenses, categorías morales e historias previas del propio cuerpo. Si fue víctima del "tráfico", si fue una víctima "inocente", si hay sospechas sobre su forma de morir, todo esto trata de leerse en el cuerpo y al mismo tiempo será la grilla de lectura del cuerpo. En sintonía con trabajos como los de Verdery (1999) sobre la circulación de los cuerpos en el post socialismo, con las muertes violentas en la Argentina de los últimos cuarenta años (Gayol-Kessler, 2018) y con el artículo de Pita en este mismo dossier, la investigación de Medeiros dos Santos muestra que también en la instancia de la autopsia y en la morgue, el trabajo de los vivos es definitorio sobre los muertos, es indispensable para darles un lugar social, para categorizar su vida y su muerte, para establecer jerarquías.

Muy distante de los trabajos que sobre Europa plantean un retraimiento en el hacer morir del estado (Memmi y Taieb, 2009), los artículos aquí reunidos muestran que en América Latina es evidente que el estado sigue matando: mata sistemáticamente en democracia y más allá de los gobiernos de distintos signos políticos. Mata sobre todo a quienes son considerados peligrosos y a pesar de la ampliación de derechos y de la profundización democrática. La

hipótesis de Llianos y Douglas (2000) de que la amenaza es el único criterio democrático para excluir al otro, halla en los artículos de este dossier ejemplos aterradores y que exceden, incluso, esta hipótesis: pues el peligro no es sólo un criterio legítimo para excluir, sino sobre todo para matar y hasta para celebrar la muerte del peligroso en tanto necesaria para la seguridad de las mayorías. Como sostuvo Judith Butler (2010) sobre las vidas que deben ser sacrificadas para, supuestamente, garantizar la seguridad de otras, en América Latina estas prácticas suceden no sólo en tiempos de guerra, sino en momentos de paz. Podemos decir que a medida que aumenta la presión por la seguridad, más se legitiman estas formas de matar. Sin embargo, esto no sucede sin resistencia, sin contestación política, sin luchas para preservar y garantizar los derechos humanos, sin intentos de hacer justicia y de restituir humanidad. La política cambia el modo de matar, al mismo tiempo, hay quienes cuestionan al estado por este cambio. La muerte es un recurso de la política, el otro deshumanizado es asesinado, pero el arte, la política local y la acción colectiva, pugnan por restituir humanidad donde hubo operaciones de deshumanización del "otro". Hay un trabajo de enmarcar ciertas vidas como innecesarias, pero también hay un trabajo para contestar la apología del aniquilamiento. Creemos que parte de la calidad y continuidad de la democracia en América Latina se juega en torno a este tema. ¿Podemos sostener que un régimen es democrático, en tanto forma de vida en sociedad, si desde el estado se determina que hay vidas que deben ser sacrificadas, que hay muertes necesarias e inevitables?

La omnipresencia de la muerte puede expresarse también de otro modo: a través de la expansión del culto a la muerte que oficia de protector de quienes gestionan cotidianamente con la muerte, los más vulnerables. La breve y fascinante contribución de Claudio Lomnitz (La Santa Muerte: estigma e intercambio) cierra el dossier. Retomando algunas ideas sugeridas en su hoy clásico *Idea de la muerte en México* (2006), el autor se adentra en la expansión y transformación, a partir de 2000, del culto a la Santa Muerte en México. Lo hace en base a una triple articulación: la distinción entre formas fuertes y débiles del culto, las diversas formas de reciprocidad que se dan entre la Santa Muerte y sus devotos, y a través del manejo de diversas marcas de la Santa Muerte como estigma. El culto ya no se limita a las prostitutas, la policía o los presos, involucra a una comunidad de creyentes que se expande al ritmo de la precariedad de sus vidas expresada en trabajos inestables y cambiantes. El tipo de amparo que la Santa Muerte quizás esté en condiciones de ofrecer, sostiene Lomnitz, puede tener un parentesco con el que sostiene el sistema judicial mexicano: mantenerlo a uno fuera del alcance de la ley. Si la devoción a la Santa Muerte sustituye tanto al Estado como a Dios en el lugar soberano (Lomnitz 2006, p. 464), lo hace desde la precariedad. La salvación que ofrece es transitoria, temporal.

Referencias bibliográficas

ANDERSON, Benedict. Comunidades imaginadas. *Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983. 315p.



ARIÈS, Philippe. *El hombre ante la muerte*. Buenos Aires: Taurus, 1983. 728p

BUTLER, Judith. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós, 2010. 261p.

FOUCAULT, Michel. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007. 401p.

GAYOL, Sandra y KESSLER Gabriel. *Muertes que importan. Una mirada sociohistórica sobre los casos que marcaron la argentina reciente*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2018. 264p.

GAYOL, Sandra y KESSLER Gabriel. *Muerte, política y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa, 2015. 336p.

HANUSCH, Folke. The Visibility of Disaster Deaths in News Images. A Comparison of Newspapers from 15 Countries. *International Communication Gazette*, 74(7): p. 655-672, 2012

LLIANOS, Michalis y DOUGLAS, Mary. Dangerization and the End of Deviance. En: *The Centre for the crime and justice studies*, 40, p. 261-278, 2000.

LOMNITZ, Claudio. *Idea de la muerte en México*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006. 525p.

MBEMBE, Achille. *Necropolítica*. Madrid: Editorial Melusina, 2011. 128p.

MEMMI, Dominique y TAÏEB, Emmanuel. Les recompositions du « faire mourir » : vers une biopolitique d'institution. *Sociétés Contemporaines*, v. 75, n. 3, p. 5-15, .2009.

VERDERY, Katherine. *The Political Lives of Dead Bodies: Reburial and Postsocialist Change*. New York: Columbia University Press, 1999. 208p.